

De una relación: poesía e infancia

Romina Perez Toldi
Universidad de Barcelona

Resumen: Este texto sencillamente se ocupa de una relación, la relación entre poesía (o una forma de leer poesía) e infancia, cuando estas coinciden en alguien que de lunes a viernes trabaja en una escuela para niños y niñas de los 0 a los 3 años. Este texto sencillamente intenta comunicar una forma singular de mirar, donde la voz que escribe sólo funciona para hilvanar la voz de los que al frotar, dan calor. Un pequeño recorrido por Martin Heidegger, Wislawa Szymborska, Walter Benjamin, Alberto Caeiro, Dominique Sampiero, Clarice Lispector, Peter Handke, Jorge Larrosa y la vida/mirada cotidiana en una escuela infantil. Nada más.

1.

En este texto no habrá erudición, sólo tiene pretensiones de ser un sencillo texto que hable de una relación, de lo que a alguien le pasa cuando al frotar poesía e infancia se desprende calor. En este texto se hablará de cómo la poesía configura mis relaciones con la infancia, qué hace ella de mí cada vez que entro en el aula y los encuentro. Y en este texto, en el que se frota poesía e infancia, mi voz sólo funcionará para hilvanar la voz de los que al frotar, dan calor.

Aquí la poesía no será sólo aquello que se conoce en forma de poema. Se entenderá poesía como un lenguaje donde no se pueden separar forma y contenido, como un lenguaje *literal* donde cada palabra se hace necesaria. No se podrá decir lo mismo que dice el poeta de otra forma, sólo se podrá decir en la forma en que lo dice el poeta. Se entenderá aquí, que la poesía siempre es una experiencia singular: aquello que a alguien le ha ocurrido y que alguien dice. Por eso mismo no se podrá leer poesía para entenderla (por lo menos a la manera en la que se entienden otras cosas), la poesía se leerá para ser escuchada y para ser repetida, en una forma parecida a la forma en la que aprenden los niños, por repetición: otra vez y otra vez y otra vez, mil veces la misma canción, mil veces el mismo cuento y mil veces con las mismas palabras (y no te la juegues en equivocarte, lo sabrán). No se tratará en este texto de saber decir lo mismo que dice el poeta con otras palabras, ni de entender que se dice en cada verso (como nos enseñaban en la escuela). Se tratará más bien de una relación de escucha y atención: escuchar y repetir una y otra vez, esa será la manera de llegar al poema.

Poesía es, pues, fundación del ser por la palabra de la boca. (Heidegger, 2000, p. 30)

2.

Y ahora vuelvo a empezar, y como ya he avisado, será otra voz la que vuelva a empezar, será la voz Wislawa Szymborska:

TODO

Todo:

*palabra impertinente y henchida de orgullo.
Habría que escribirla entre comillas.
Aparenta que nada se le escapa,
que reúne, abraza, recoge y tiene.
Y en lugar de eso,
no es más que un jirón de caos.*

(Szymborska, 2005, p, 72)

Repito: Todo: palabra impertinente y henchida de orgullo. A lo que María Zambrano, en *Filosofía y poesía*, añade:

“[...]el poeta no quiere propiamente todo, porque teme que en ese todo no esté en efecto cada una de las cosas y sus matices; el poeta quiere una, cada una de las cosas sin restricción, sin abstracción ni renuncia alguna.” (2001, p. 22)

Repito: Cada una de las cosas sin restricción, sin abstracción ni renuncia alguna. A lo que Alberto Caeiro, en *guardador de rebaños*, le sigue:

*El mundo no se ha hecho para pensar en él
(pensar es estar enfermo de los ojos),
sino para mirarlo y estar de acuerdo...*

*Yo no tengo filosofía: tengo sentidos...
Si hablo de Naturaleza no es porque sepa lo que es,
sino porque la amo, y la amo por eso,
porque quien ama nunca sabe lo que ama,
ni sabe porque ama, ni que es amar...*

(Pessoa, 2001, p, 71)

Y otra vez repito: el mundo se ha hecho para mirarlo y estar de acuerdo.

Así, por un lado, tenemos que el poeta quiere una, cada una de las cosas (que no es lo mismo que quererlo todo), pero no sólo las quiere, sino que las ama. Y además, también tenemos que el mundo no se ha hecho para pensar en él, sino para mirarlo y estar de acuerdo. Además, la poesía huye de ese todo impertinente, abstracto y sin rostro del que se nutren las ciencias y los manuales en los que se dice lo que el niño es y lo que debería ser. Nada tiene que ver. La poesía singulariza las relaciones y las hace únicas. La mirada poética nada entiende de lo que debería ser, sencillamente va al encuentro de lo que puede tocar, de lo que acontece, de lo que está y de lo que ocurre, del momento singular. Jorge Larrosa escribe:

Una imagen del otro es una contradicción. Pero quizá nos quede una imagen del encuentro con lo otro. En ese sentido no sería una imagen “de” la infancia, sino una imagen “a partir” del encuentro con la infancia. Y en tanto que ese encuentro no es ni una apropiación ni un mero reconocimiento en el que se encuentra lo que ya se sabe o lo que ya se tiene, sino un autentico cara a cara con el enigma, una verdadera experiencia, un encuentro con lo extraño y lo desconocido que no puede ser reconocido ni apropiado. (2000, p. 178)

Por otro lado y por mi parte, también podría haber escogido otras voces que dirían otras cosas, por supuesto, pero como se trata en este texto de una relación, la mía, he escogido estos. Nadie está obligado a seguir leyendo.

3.

Por poner en situación diré que hace algunos años que trabajo, o estoy, con los más pequeños, en escuelas para niños y niñas de los 0 a los 3 años, y aún a riesgo de parecer cursi diré que estoy

con los más tiernos. Y si algo sé es que el lenguaje da forma a mi mirar el mundo como da forma a mi entrar cada día en el aula. Así que personalmente estoy cansada de manuales que dicen y explican lo que los niños son y lo que deberían ser, lo que toca a cada edad, en cada estadio y en cada etapa, en un todo impertinente dónde no hay nadie, en una abstracción donde no ocurre nada, manuales que en nada se parecen al rostro de un niño. Hay una cita fantástica de Peter Handke, que le he robado al profesor Jorge Larrosa, y que dice:

... nada de aquello que está citando constantemente a la infancia es verdad; sólo aquello que reencontrándola, la cuenta. (Handke, 1992, p. 181)

De esta manera, los manuales y los hechos científicamente probados citan constantemente a la infancia, la poesía, en cambio, la reencuentra y la cuenta. La poesía es capaz de nombrar y tocar ese encuentro con la infancia. No es una abstracción, es un encuentro. Porque el poeta quiere una, cada una de las cosas sin abstracción ni renuncia alguna y a demás, las cuenta, da testimonio de ese encuentro. No es un lenguaje que habla sobre, o por encima de algo, es un lenguaje que hace presencia, un uso en singular de la palabra donde queda expuesta una voz que da testimonio del mundo, de todas y cada una de las cosas que los manuales convierten en un todo donde no hay a quién mirar ni con quién estar de acuerdo. El poeta Caeiro aún repite: el mundo se ha hecho para mirarlo y estar de acuerdo. Así también, la infancia se ha hecho para mirarla y estar de acuerdo.

Y así lo encuentra y lo cuenta, otra vez, Wislawa Szymborska:

UNA NIÑITA TIRA DEL MANTEL

*Desde hace más de un año se está en este mundo,
y en este mundo no todo se ha examinado
y puesto bajo control.*

*Ahora a prueba están las cosas
que no pueden moverse solas.*

*Hay que ayudarlas en eso,
correrlas, empujarlas,
cogerlas de un lugar y trasladarlas.
No todas quieren, por ejemplo el armario,
la cómoda, la inflexible pared, la mesa.*

*Pero ya el mantel sobre la testaruda mesa
-si se lo agarra bien de las orillas-
muestra disposición al viaje.*

*Y sobre el mantel los vasos, los platitos,
una jarrita con leche, cucharitas y un tazón
hasta tiemblan de ganas.*

*Muy interesante,
qué movimiento elegirán
cuando ya se agiten en el borde:
¿recorrido por el techo?
¿vuelo alrededor de la lámpara?
¿salto a la ventana y de ahí a un árbol?*

*El señor Newton no tiene aún nada que ver con eso.
Que mire desde el cielo y agite los brazos.*

*Esta prueba tiene que hacerse.
Y se hará.*

(Szymborska, 2005, p. 40)

Y a esto último, Walter Benjamin añade:

NIÑO GOLOSO. Por la rendija de la despensa, apenas entreabierto, penetra su mano como un amante en la noche. Una vez hecha a la oscuridad, busca a tientas azúcar o almendras, pasas o confituras. Y así como el amante abraza a su amada antes de besarla, también el tacto tiene aquí cita con estas golosinas antes de que la boca saboree su dulzor. ¡Con que zalamería se entregan la miel, los montoncillos de pasas e incluso el arroz a esta mano! ¡Qué encuentro tan apasionado el de estos dos, libres al fin de la cuchara! Agradecida y fogosa, como si la hubieran raptado de la casa paterna, la mermelada de fresas se rinde sin panecillo, dejándose saborear a la intemperie, como quién dice, y hasta la mantequilla responde con ternura a las audacias de este pretendiente que ha interrumpido en la alcoba de la doncella. La mano, joven Don Juan, no tarda en penetrar en todas las celdas y los aposentos, dejando tras de sí un reguero de frascos y montoncillos derramados: virginidad que se renueva sin quejarse.
(2005, p, 53-54)

Benjamin y Szymborska, entre muchos otros, no citan a la infancia, sino que la encuentran y la cuentan. El poeta no hace del mundo una abstracción sobre la que teorizar, el poeta toca el mundo cada vez que lo nombra. La poesía, ya sea al leerla o al escribirla, te obliga siempre al encuentro, al acontecimiento, a la experiencia singular, al reconocimiento del otro. Así quiero también entrar en el aula: para mirarlos y estar de acuerdo.

Clarice Lispector, escribe:

Más misteriosa que el alma es la materia. Más enigmática que el pensamiento es la “cosa”. La cosa que está al alcance de la mano milagrosamente concreta. (2001, p. 99)

Así, la voz poética es aquí como la mano milagrosamente concreta. No es una voz que pretenda cosificar nada a esa manera en la que el otro desaparece y existe sólo hacia nosotros, es que es realmente milagroso que exista ese otro que se puede tocar. Una voz que al tocar se diluye con aquello que toca, una voz que se deja ir en aquello que toca.

En el aula son 18 niños y niñas, 18 presencias distintas que te obligan a 18 maneras distintas de estar allí, de hacer presencia. No son 18 maneras distintas de ser uno mismo o de ser Yo, sino de hacer presencia: la presencia que limpia los mocos, la presencia que besa chichones, la que acompaña a la cama hasta que se duermen, la que guarda su sueño, la que da de comer, la que se cabrea, la que abraza los sollozos, la presencia que los sienta en las rodillas y les dice que sus padres van a volver. Es un hacer presencia agotador. Y entonces pienso en el agotamiento de uno mismo, en el cansancio, como en la posibilidad de dejar de saber lo que ya se sabe y de dejar de ser lo que ya se es. Una voz, que agotada de sí misma, se deja ir en aquello que toca. Son 18 formas distintas de ser hacia otro lugar.

Si a los famosos versos de Pablo Neruda les hiciésemos una pequeña variación, quedaría esto:

*Me gusta cuando callo porque estoy como ausente,
y me oigo desde lejos, y mi voz no me toca.*

Entonces sí, se parecería más. Ahora no quiero lo que desde mí puedo decir de ellos. Prefiero lo que ellos se dejan escuchar, tanto los poetas como la infancia.

4.

Hace un par de años trabajé también de profesora, o algo así, en unos cursos de Jardín de Infancia para adultos y cuando tocaba el tema “la acogida”, que es ese momento en el que llegan

los niños por las mañanas (muy temprano), en lugar de plantarme allí como si tal cosa y decir: la acogida debería ser y debería ser... les leía a Sampiero.

Y Dominique dice:

Cada mañana unos rostros acuden a mi puerta y yo no veo en ellos sino las manos que se tienden hacia los hijos antes de dejarles. Hago como si fueran unos desconocidos y me presentara por primera vez. Es mi modo de quererlos.

Trabajé ayer hasta muy tarde. Escribir me crea. Me mata. Soy un ladrón.

Los pequeños lloran al principio. La clase está limpia y es clara. Pero les amenaza. Y sin embargo entran. Lo que importa es dar el primer paso.

No soy ni su madre ni su padre. A veces me siento todo eso.

Están tan cerca de mí que ni les noto. Hago como ellos. Entro. Este milagro se produce todos los días. ¿Por qué no he cerrado de golpe y no me he ido corriendo?

No, no me marchó. Soy el gusano de la fruta. Me como la manzana y escupo esa espuma.

Cuando el tiempo lo decide el otro, no sólo en la infancia, sino en la niñez del mundo, ese otro tiene miedo al vacío y llena a los seres que le rodean de su locura. Es el saqueo, la violación de la infancia, el tiempo robado.

Cada día me atraviesa, hoy tu vida empieza y tengo tu mismo temor, ¿quién eres? ¿Adónde voy a conducirte? ¿más lejos o más cerca de ti? (1999, p. 126)

En las palabras de Dominique reside y se demora la presencia viva de alguien. El poema tiene voz. Alguien cuenta. Alguien habita el poema y además, el poeta es un ser hospitalario que

necesita de un lector que hospitalariamente también lo habite, así el poema singulariza tanto al escritor como al lector en una relación de resonancia. El poema se frota y suena, se frota y da calor. El poeta hace comunicable lo que es único sin abstracción ni renuncia alguna, hace comunicable lo contingente, no cita constantemente nada, no puede.

De la misma manera, no quiero estar con 18 niños, sino que quiero estar con todos y cada uno de los 18. Y tampoco quiero estar con ellos para entenderlos, sino que quiero estar ahí para que me dejen mirar y estar de acuerdo.

Pongo a prueba mi mirada con ellos y no alcanzo a conocerme sino a abrirme. La hierba de la infancia me reconcilia. (Sampiero, 1999, p. 69)

5.

Ensayo nº 1:

Salí un momento de la clase, dejé la puerta abierta y todos los pequeños me siguieron por el corto pasillo hasta la sala de la entrada. Seguirme les sirvió para salir. No me seguían a mí, mi salida fue su excusa para salir. -¿Se te han desmadrado, verdad?- Me preguntó más tarde una compañera... Sí, me hubiera gustado decirle... si soy algo parecido a su madre, se han desmadrado. No sólo han salido de clase, se han salido de mí. Han decidido irse. No me buscaban, no me querían, han sustituido mi autoridad por otra, la de salir.

La escuela estaba en silencio, en las otras clases la mayor parte de los niños dormía. Toda la escuela sabe que se me han desmadrado. Todo lo tocaban, estaban en todas partes. Toda la escuela se ha enterado menos ellos, que ni me escuchaban, ni me veían. Han usado mi cuerpo para salir y lo han hecho invisible. Se han salido de madre.

Los fui recogiendo, tantos como me cabían en las manos, los llevaba hasta la clase y cerraba la puerta, así hasta que entraron todos. No quedó ninguno fuera. Hubiera preferido esperar a que me viesan, esperar a ser nuevamente un cuerpo. Ser invisible, también, para el resto de la escuela.

No es fácil no encontrar las palabras que me disfracen, que no me expongan, que aseguren que yo no estaba allí. Que era otra la que recogía niños.

Ensayo nº 2:

El fenómeno “avión” ha aterrizado con fuerza en nuestras vidas. Están haciendo unas exhibiciones delante del cole y las avionetas vuelan muy cerca. Todos los enanos están emocionados con tanto viaje, aunque a mí me parece que aún no han visto ninguna, que sólo las oyen pasar: que los niños pequeños no consiguen ver las avionetas que pasan rápido y entre los árboles: no pueden mirar al cielo más de un segundo antes de atolondrarse por lo que (no) han visto.

Pero también es cierto, que el otro día, vi a un niño volando por el patio: con el pecho hinchado como un globo, rojo avión, todo su cuerpo reía, las carcajadas le salían despedidas por la boca: - ¡un avión!, ¡un avión!-. Su risa despegaba y yo estaba contenta.

Ensayo nº 3:

El niño que no come busca unos brazos que no lo alimenten. Regala su cuchara. Nadie quiere jugar. El niño naufraga en un puré de pollo.

Siempre sucede de la misma manera, después del patio: como lo único que puede suceder, un castigo por algo que no consigue recordar. En cuanto se lava las manos y se sienta a la mesa: ¡plato!

No sabe porque no tiene hambre (tampoco se lo han preguntado). El niño que no come prefiere pintar, nadie se disgusta cuando pinta ni le hacen comerse los colores, los colores son para gozarlos. Querría pintar un barco y navegar hasta el fregadero para poder lavarse las manos: en el fregadero se enciende y se apaga el plato

Ensayo nº 4:

Hubo una vez un niño, pequeño, muy pequeño, que construyó un coche, él solito, con algunas piezas de colores y unas ruedas rojas que incendiaban todos los estantes y surcaban todas las ventanas. Su intrépido conductor hacia frente a los baches de la cocinita, a los túneles del radiador y a las imposibles montañas que crecen en los percheros.

Lo que aún no sabía es que con las construcciones se juega en el rincón de las construcciones. ¿Para que servirán las ruedas? Recibida la orden, el coche se convirtió en torre.

Ensayo nº 5:

Ésta es la última semana de curso y me ocurre como todos los cursos: cada vez que salen por la puerta me despido un poco, cuando llega el último día no lo saben, se les dice... pero nunca es para ellos, no les cabe.

Los miro con nostalgia (abrumada) recorro las fotos de los percheros, me gusta recordar cómo nos conocimos, lo que nos ha pasado. A veces digo: ¿Te acuerdas, Gerard, de cuando empezaste a andar y rebotabas contra los muebles? Él dice: -No-. -Yo sí-, le digo.

Bibliografía:

BENJAMIN, Walter. *Dirección única*. Madrid: Alfaguara, 2005

HANDKE, Peter. *Historia del lápiz. Materiales sobre el presente*. Barcelona: Península, 1992

HEIDEGGER, Martin. *Hölderlin y la esencia de la poesía*. Barcelona: Antropos, 2000

LARROSA, Jorge. *Pedagogía profana. Estudios sobre lenguaje, subjetividad, formación*. Coedición Buenos Aires-Méjico: Novedades Educativas, 2000.

LISPECTOR, Clarice. *Un soplo de vida*. Madrid: Siruela, 2001.

PESSOA, Fernando. *Un corazón de nadie. Antología poética (1913-1935)*. Barcelona: Galaxia Gutenberg, 2001

SAMPIERO, Dominique. *El tiempo Cautivo*. Valencia: PRE-TEXTOS, 1999

SZYMBORSKA, Wislawa. *Instante*. Tarragona: Igitur/Poesía, 2005

ZAMBRANO, María. *Filosofía y poesía*. Madrid: Fondo de Cultura Económica, 2001